

III.

El sábado que siguió al encuentro de Raimundo y de Noris en el Bosque, aquél entró en el Circo por curiosidad. Había ido la víspera á oír la opereta nueva. La opereta y el Circo era un poco de aquel *todo París* de que, suspirando, se hablaba tanto en la mesa de los oficiales, en los mares del Sur. «¡Ah, si estuviéramos en el Boulevard! ¡y en Variedades! ¡y las canciones de Judith!... ¡y los sábados del Circo!» Para aquellos expatriados, el menor pedazo de periódico llevando al fin del mundo una noticia vieja, la revista de una comedia ya muerta, evocaba todo el encanto mismo y el aroma de París. A menudo Raimundo se había fijado, encogiéndose de hombros, en alguna crónica mundana de estilo franco-internacional muy extravagante, donde leía: «Ayer, mucha gente *shooters-sterling*, en el *Water-bull* del Gwn-Club del Bosque de Bolonia. Ha habido varios *matches* entre el príncipe de Chantenay, Mr. Goodson y el

conde del Santo. Alrededor del *bull-trapp*, muchos aficionados del puro *high-life* se inscribían para el *poule-handicap*.»

Y esta jerigonza anglo-francesa le transportaba entonces hacia sus años de primera juventud; evocaba la elegancia impertinente de René, y también, y sobre todo, la sonrisa triste, los ojos empañados de la señorita Feraud... ¡Noris!....

Desde su salida de Francia, Raimundo de Ferdys había, poco más ó menos, sido siempre el mismo. No había realmente vivido, ó, más bien, había vivido en lo absoluto de la pasión y de la conciencia, a costumbrado, en la soledad del camarote, en sus reflexiones en el banco del cuarto, á ir derecho al fondo de las cosas, á tomar el deber en su austeridad más profunda, despojando la vida de los errores de que se la embaraza. Era una especie de filósofo con uniforme; el soldado solitario residuo de humanidad, resguardado por una bandera, como es el marino, tenía además en él un soñador extraño, inquieto por los destinos de su país para el porvenir, por toda una serie de problemas indiferentes á los superficiales ó á los escépticos. Seguro, franco y puro como una barra de oro.

Raimundo se había formado un criterio con los libros que había leído, y con aquellos marineros con los que vivía, amándolos por la inconsciencia misma de su cotidiano heroísmo; complaciéndose con aquellos soldados oscuros, encontrando poesía en su tarea valientemente hecha con una abnegación ignorada, y como llevado por el viento del mar. Cuando se le trasladó á París al puesto que ocupaba al lado del Ministro, Raimundo había experimentado menos orgullo que melancolía. Sentía

tristeza al dejar sus marineros de rostros quemados como el ladrillo. Amaba aquella vida flotante del buque y el olor del mar. Pero era un honor que le hacía el señor Pradier du Rasnel. En París, por lo demás, en las oficinas del ministerio, el joven oficial de ideas nuevas, podía ser útil viviendo al lado del Ministro. Y después vería á su padre, aquel diablo de Marqués, cuya eterna juventud llenaba las crónicas. Raimundo le había encontrado, en efecto, tan joven como le había dejado, con el bigote retorcido y los cabellos blancos de plata, siempre rizados y siempre fuertes. El hijo había envejecido, y el padre parecía rejuvenecido.

Rejuvenecido, quizá también por la vuelta de aquel hijo que parecía un hermano joven, y que él paseaba por París, orgulloso de que le vieran con el oficial como con una conquista, y apoyando su hombro, con ternura, contra el cordón de oro del ayudante de campo del Almirante.

Parecíale al señor de Ferdys que tenía allí un compañero más joven, un amigo, y que sus cuarenta y nueve años se volvían veinte paseando del brazo con el oficial. La gravedad de Raimundo le asombraba un poco, pero no le desagradaba. Por el contrario, se sentía halagado en su orgullo cuando su hijo le contaba sus campañas, los peligros corridos, tal expedición dramática, la noche, en las islas Marquesas, cuando una tribu de kanaks había cercado el puñado de hombres que él mandaba.

—Creí quedar allí (decía Raimundo sonriendo). Pero estaba decidido á no rendirme. Un soldado que se rinde es un caballero que da explicaciones sobre el terreno.

Y reuniendo los datos, el marqués de Ferdys,

experimentaba, en su orgullo, una singular impresión de embarazo en decirse, aun una vez, que mientras Raimundo oía silbar allá abajo las balas de los kanaks, él inauguraba aquel día la exposición de Acuarelistas, y terminaba la noche en casa de Margarita Brunier, que daba un baile.

Entonces contemplaba la enérgica figura de Raimundo, atraía hacia sí al joven, le abrazaba, le decía bajito dulce y tiernamente: «Vales más que yo, hijo mío»; y se sentía amnistiado á sus propios ojos, gracias á aquel noble joven que llevaba su nombre. Había visto cortesanas que se habían rehabilitado haciendo de sus hijas muchachas honradas. ¡Pues bien! Él se parecía á ellas un poco, con la diferencia de que no tenía en su vida una mancha: adoraba á las cortesanas y despreciaba á los cortesanos.

Raimundo no trataba de hacer entender á aquel mundano parisiense una moral inútil. Por lo demás, no tenía derecho para ello. Encontraba natural que su padre tratase la existencia á su manera, como él quería que se le dejase comprender la vida á su gusto. Cada individualidad—esta era una de sus teorías—debe obrar en el mundo según su conciencia. Su conciencia le gritaba *deber*, y esto era tanto peor, porque la del Marqués no murmuraba al oído del señor de Ferdys más que la palabra ¡capricho! Lo cierto es que Raimundo de Ferdys adoraba á su padre, y le estimaba con toda su alma, compadeciéndole de todo corazón.

En cuanto á René de Chantenay, su primo, el oficial de marina no se preocupaba. Era para él, más que nunca, una mariposa de París, revoloteando turbulentamente, haciendo ruido inútil y pertur-

bador. Le dejaba para lo que estaba. Le guardaba asimismo un vivo rencor por aquella aventura pasada, y jamás había olvidado los razonamientos egoistas del joven Príncipe. La imagen de Noris estaba allí para recordar aquel incidente á Raimundo, que encontraba por todas partes, en una irritante obsesión, la mirada franca y el fino perfil árabe de la joven.

La otra mañana había experimentado una alegría al encontrarla. Le parecía que ahora París estaba más poblado, que tenía, si él le quería, un fin al presente, y Raimundo había ido á la calle Jouffroy, ante el hotel de Noris, sin atreverse á entrar, ó más bien proporcionándose el extraño placer de prolongar aquella especie de irritación, ó de complacencia de alma, en que el encuentro de la señorita Feraud le había puesto. Miraba, pasando á caballo, la fachada de ladrillos rojos, las vidrieras de grandes huecos, la puerta cerrada, donde Noris podía aparecer, y le agradaba no detenerse allí, dejar aquella puerta cerrada, como si, una vez abierta, un desconocido hubiese para él comenzado en su vida.

Iba, sin embargo, al Bosque á la misma hora en que había encontrado á Noris en el paseo de los Postes. Hubiese querido verla allí, en aquella calle, que no era la casa donde otro tenía el derecho de entrar, aunque la señorita Feraud no recibiese, según decía, á nadie. Pero Noris no había vuelto al Bosque. Esperaba quizá que Ferdys se presentase en su casa.

Raimundo no pensaba apenas que aquel sábado en que entraba en el Circo era el día de moda, el día escogido por los elegantes; el día del bullicio,

que parece buscar la ironía de ciertas promiscuidades singulares.

El sábado por la noche, el príncipe René Beaumartel de Chantenay no dejaba jamás de asistir al Circo. Era el día oficial, marcado por el *chic*, el día señalado como el martes de la Comedia Francesa y el miércoles del teatro Walhala. Raimundo de Ferdys debía encontrar allí á su primo ciertamente. René hubiese dejado todo para llegar á la hora exacta, después del entreacto, y ostentar su corbata blanca á la entrada de las caballerizas. Ojeaba, sabía que le miraban, y permanecía allí, bajo el fuego de los gemelos, tan admirablemente impasible como su padre bajo las balas de los cañones rusos. Así mostraba *Flor-de-Chic* su linaje.

Al entrar, fué justamente al Príncipe al que Raimundo de Ferdys vió desde luego enfrente de él, al otro lado de la pista, muy rodeado de jovencillos casi imberbes, que examinaban de pies á cabeza el aspecto del príncipe de Chantenay para imitarle más tarde, como si le hubiesen calcado. Raimundo miró. El príncipe René ostentaba el traje de *soirée* en todo el rigor de la moda, la moda de mañana, la moda del año próximo: el frac ceñido, con pequeñas solapas y el cuello de satén; un chaleco blanco de cuatro botones, el zapato descotado y puntiagudo, y sobre la oreja el sombrero de forma alta, de alas anchas y encorvadas, el sombrero príncipe de Gales, que los imitadores de *Flor-de-Chic* estudiaban para hacer geoméricamente la línea exacta, tentados de tomar con compás la medida de la inclinación oficial. Aquellos pequeños detalles escapaban á su primo; pero veía muy bien, al mirar á su primo, la gardenia que llevaba en el ojal

René, las sortijas que llevaba en los dedos el Príncipe, ostentando su mano desnuda, porque Chantenay no llevaba guantes, dejando siempre ver sus manos, excepto por la mañana para el *sport* y por la noche para dar el brazo á una señora ó para valsar.

Raimundo oía, á su alrededor, detallar por los conocedores y los imitadores la apostura de René. Se encontraba decididamente al Príncipe muy *swell*. Nada de cadena en el chaleco: un sencillito sello al extremo de una cinta de *moiré* negro. En la pechera, en lugar de un grueso pasador, dos botones de ojo de gato, ó rubíes, rodeados de diamantitos.

Seguramente, nadie, ni tampoco el Duquesito, aventajaría á Chantenay. Muy correcto, muy inglés, aquel Chantenay. ¡No había más que él! Se hablaba ya de un sombrero para baños de mar que iba á inventar; le hacía fabricar él mismo en Inglaterra. No se llevaría más que este sombrero en Agosto en las playas. Pero él le ostentaría desde el mes de Julio. Siempre el primero en todo aquel diablo de *Flor-de-Chic*.

En medio de aquellos espectadores extasiados ante la apostura del Príncipe, Raimundo de Ferdys experimentaba una sensación muy singular. Se irritaba, sintiendo nerviosos deseos de alejarse bruscamente, de huir de aquellas charlatanerías; y, sin embargo, la necedad misma de aquellos propósitos le atraía hacia allí, por el magnetismo extraño que tiene lo frívolo. Experimentaba una especie de amarga rebelión contra aquellas tonterías, y se preguntaba en qué país nuevo había caído de repente á la bajada de su buque.

Miraba con ojos estupefactos el espectáculo de

la sala, que, cien veces más que los ejercicios de los acróbatas, electrizaba la curiosidad de los espectadores que le rodeaban.

Los aficionados estaban en pie á la entrada de la pista, con corbatas blancas y con el junco en la mano, y mientras que se extendían las cuerdas ó se preparaban redes y trapecios, avanzaban alguna vez para dirigir mejor la mirada circular de los aficionados y juzgar del valor de la entrada. Raimundo, mezclado con ellos, daba, como ellos, algunos pasos hacia adelante; oía las conversaciones, se admiraba de la profusión de nombres citados á su alrededor, al girar los anteojos, de aquella confusión singular de señoras y de pérdidas, todas juntas, en los mismos bancos. Oía las biografías, los secretos á voces, los detalles escandalosos interrumpidos por risas, y alejándose en seguida, mareado y con disgusto, se preguntaba si estaba en París, en aquella *crema* de París con que soñaban envidiosamente sus compañeros del *Montcalm*, á aquella misma hora, en los mares de la China.

Por el calado geométrico de la entrada, el Circo parecía con la claridad de sus arañas, la profusión de cabezas, los tocados claros, las corbatas blancas, los abanicos rojos, los brillantes de cualquier aderezo, enviando resplandores alguna vez como si acá y allá, en aquel tropel, hubiese caído algun diamantillo. Después Raimundo se estremeció, cuando alguien, no sabía quién, dijo muy cerca de él:

—¡Hombre! Noris.

—¿Noris?

Sentía una especie de contracción en el pecho, como una sofocación pasajera. Noris estaba allí. ¿Dónde? Su anteojo buscaba entre el conjunto de

espectadores, sin encontrar. El que había hablado de Noris se había equivocado acaso. Raimundo, sin embargo, tentado de marcharse un momento antes, se quedaba decididamente, y trataba de sorprender una indicación entre las conversaciones que escuchaba, en el intermedio de los preparativos para un trabajo en el trapecio.

Frases sueltas oídas y recogidas por él, le hacían mirar con más atención aquel circo lleno de gente. Algunos jóvenes hablaban de Noris, del Príncipe, del Gran Duque, y mezclaban todos aquellos nombres que llegaban al corazón de Raimundo, más que á sus oídos, con otro nombre de mujer, del que oía decir bajito á alguno:

— ¡Está loca por Chantenay, loca completamente!

Entonces Raimundo recogía aquella especie de cuchicheo rápido:

— ¡Cállate!

— ¡Oh! No hay indiscreción en esto. Es el secreto de Polichinela. Se dice asimismo que va á casarse con ella.

— ¡Ah, bah! ¡Chantenay casado!

— ¡*Flor-de-Chic* en la alcaldía!

— ¡Don Juan casado?

— ¡Oficialmente! ¡Llorad, mujeres sensibles!

Ferdys había oído perfectamente el nombre de la mujer. La condesa de Montepreux, Jacoba de Montepreux, un gran nombre de Francia, citado allí, entre dos motes de mujeres á la moda, á dos pasos de una caballeriza, entre las muecas de los *clowns* del Circo.

Raimundo la había visto antiguamente, cuando ella era joven, y la había visto en visita en casa de

la princesa de Chantenay, con la señora de Wertenheym de Langrenon, su madre. Había conservado como una turbación pasajera, pero llena de claridades. Aquella joven austriaca, y, sin embargo, francesa por su madre, rubia y delgada, le parecía entonces virginal y altiva como una azucena. Y ahora la volvía á encontrar colocada en un asiento del Circo, al lado de la vizcondesita de Blignac, viuda como ella, rubia, con el cabello rizado, á la que se llamaba la perrita de aguas infiel. Las dos mujeres habían cambiado de sitio de repente, por encontrarse demasiado cerca de los caballos, y la señora de Montepreux había desplegado sobre el terciopelo rojo de las butacas y el cordón blanco de las banquetas, un soberbio traje blanco, disimulado bajo un manto de terciopelo color de oro viejo y jaspeado de arena amarilla, que saltaba bajo las herraduras de los caballos.

Ahora Jacoba de Montepreux, con su alto talle orgulloso, abundantísimos cabellos rubios, llevando erguida sobre un cuello soberbio su bella cabeza altiva, paseaba la insolencia de su mirada por todo el Circo, que la miraba con encanto y admiración.

¡Oh! Ella no se turbaba apenas. Se podía detallar su belleza sin encontrarla un defecto. Hombros espléndidos de los que el manto, escurriéndose á medias, á lo largo del cuerpo, sobre el asiento, descubría ahora la opulenta curva; un talle y un seno maravillosos, dejando adivinar el pecho hinchado por una sangre clara, corriendo bajo el rosa de la piel.

Su vestido blanco, descotado, la asemejaba á aquel famoso retrato, donde, sobre la corona de sus cabellos rubios rizados sobre la frente, y ca-

yendo con pesadez en una masa de oro sobre la nuca, el artista había pintado una estrella en la cabellera, como la luna en la frente de Diana. Dos diamantes brillaban como gotas de rocío en las orejas de aquella joven, altiva como una diosa de ojos negros. No llevaba más joyas. El esplendor sólo de la juventud y de la carne. Raimundo no oía á su alrededor más que murmullos ávidos, elogios picantes, donde sonaba el nombre de René. Había alrededor de Raimundo celos picarescos, y sobre el nombre de Montepreux chistes infinitos. ¡Había hecho bien en morir el pobre Conde! ¡Y aquel Chantenay tenía una fortuna en ser adorado, positivamente adorado, por una criatura tan admirable como la Condesa!....

—Lo más chistoso (dijo uno), es que la señora de Montepreux mira ahora á Noris.

—¿Dónde está Noris? (preguntó otro.) ¿Dónde veis á Noris?

—Allá abajo, tres asientos debajo de la orquesta.

—Muy bien; ¡ya la veo!

Y Raimundo, siguiendo la indicación que aquel desconocido de corbata blanca daba á otro, encontró también á Noris entre aquella muchedumbre, mirándola de lejos, encontrando por medio de sus gemelos aquel rostro fino y pálido, aquella boca un poco irónica, aquel mirar pensativo, profundamente triste y lleno de resplandores amortiguados, que no había olvidado jamás, jamás. Noris estaba allí, con vestido obscuro tan correcto, cuanto la señora de Montepreux podía parecer excéntrica; y hablaba alguna vez con una joven rubia, que se inclinaba hacia ella y reía, sin que el rostro de la señorita Feràud se alterase.

Raimundo oyó á su alrededor llamar á la bella rubia Margarita Brunier.

—Margot,—dijo un joven.

El nombre hizo á Raimundo de Ferdys el efecto de una injuria. Le desagradaba que se hablase así tan alto de aquella joven, y que se mezclase el nombre de Margot con el de Noris.

Decididamente experimentaba una violenta contrariedad en aquel Circo. Le parecía que le faltaba aire. Aquella multitud, aquella confusión de grandes señoras y jovencillas le repugnaba. Se admiraba menos de encontrar á Jacoba de Montepreux en aquella baraúnda, que de encontrar á Noris. Pero, realmente, todo aquello le excitaba los nervios, le exasperaba, le descorazonaba. ¡Ah! ¿Qué había ido á hacer allí, gran Dios? No le faltaba más que encontrar á su padre, con una gardenia en el ojal, y ofreciendo su brazo á Margarita Brunier.

¡Margot, la querida del marqués de Ferdys! ¡Noris, la querida del Gran Duque! ¡Jacoba de Montepreux, la querida del príncipe de Chantenay!

Y por todos lados en aquel Circo se podía, sin duda, encontrar semejantes parejas dichosas, amorcillos de la misma estofa. Raimundo tenía náuseas; sentía á menudo la nostalgia de las noches de insomnio, de las veladas en el bancodel cuarto. Tenía deseos de volver á encontrar aquellas soledades, aquellos deberes, aquellos sueños, y de volver á embarcarse con gozo. Y, ligera, irónica, la música de la orquesta, que acompañaba ahora los ejercicios de un acróbata, aumentaba más cruelmente su tristeza que lo hacían allá abajo las olas mismas del mar.

—Vámonos,—dijo casi alto, hablando consigo mismo.

Y fué, vagó, buscando á la acomodadora, á la que había dado su sobretodo, volviendo por los corredores alrededor de la pista, y de repente se encontró, á la entrada de las caballerizas, ante su primo René, que, rodeado de un batallón ligero de jovenzuelos, espiaba á la condesa de Montepreux, y la ofrecía el brazo para acompañarla á las caballerizas.

La Condesa, en aquella parte de la caballeriza, donde se advertía una extraña atmósfera, compuesta de los olores mezclados de caballo y de tabaco, reía mucho al verse empujada por la multitud; absorbía deliciosamente el humo azul de los cigarros que flotaba por encima de las cabezas. Le agradaba aquella multitud de corbatas blancas, aquella *high-life* forastera, los aros de papel y banderolas replegadas puestas en los rincones, un clown que pasaba con un paletot gris sobre un traje de lentejuelas: tenía deseos locos de sacar de su estuche blasonado cigarrillos del khedive, y pedir fuego á alguno de aquellos *gentlemen*, *clubmen* parisienses, *horsemen* ingleses, que se pisaban y se atropellaban en el salón de fumar.

Jacoba de Montepreux levantaba su rubia cabeza, abría las ventanas de la nariz, se sentía dichosa, libre, en los brazos de aquel agraciado joven, mirado y envidiado, casi más pequeño que ella, y le gustaba proclamar su amor por encima de todo el mundo. Tenía como una satisfacción de que la vieran con él y al demostrar que ella era de él, ó más bien él era de ella, y que aquel rey de la moda la obedecía, seguía la voluntad de aque-

lla linda y despótica cabeza de chorlito. Cuando vió á Raimundo, al que reconoció perfectamente, fué necesario que René le presentase de nuevo, para que repitiese al primo mismo del Príncipe la intimidación que la unía á Chantenay. «He cambiado mucho desde que he tenido el placer de veros, ¿no es esto, señor de Ferdys?» Estaba como enloquecida por contarle á todo el mundo, desequilibrada, dispuesta á repetir muy alto que arrojaba alegrementemente su corona de Condesa al suelo.

Después dejó el brazo de René, y rogó riendo á Raimundo que la volviese á su sitio.

—Os quiero comprometer también,—dijo.

René se divertía mucho con el continente un poco embarazado de su primo. ¡Aquel puritano se paseaba ahora ante todo París con la mujer más bonita de París! Y el Príncipe se situaba á la entrada de la pista, para ver de lejos el efecto que haría Ferdys conduciendo á Jacoba á su asiento.

Jugaba el resorte de su gemelo, cuando, de repente, Raimundo oyó decir á alguno:

—¡Caramba, Noris!

Entonces se volvió, olvidando á la señora de Montepreux, y Ferdys miró de reojo adonde su vecino señalaba. Á diez pasos de él, pasando con Margarita Brunier, Noris, muy mirada y admirada por todos, entraba precisamente en la caballeriza de donde salía la Condesa. Pareció con su obscuro vestido, con un gran ramo de rosas blancas sobre el pecho, muy linda á René.

¡Noris! ¡Estaba allí, tan cerca de él, aquella Noris que le había amado tanto, en otro tiempo, como la señora de Montepreux podía amarle ahora! Esto

era muy chistoso. Tenía deseos de aproximarse, de verla..., hasta de hablarla....

Tanto más, cuanto que los murmullos á su alrededor aumentaban; oía un ruido de alta admiración, nacía de la aparición de una mujer bonita, que aquel ruido de deseos que es una declaración de amor inarticulada, y que llegaba de repente á los oídos de Jacoba de Montepreux como un homenaje, y casi como un ruego....

¡Noris! ¡Tantos recuerdos había para René en aquel nombre!

El señor de Chantenay hacía años que no había hablado á Noris. Sabía que vivía y cómo vivía, pero no se inquietaba por ella. Había, más de una vez, oído su nombre en el Círculo ó en las crónicas, pero no había prestado apenas más atención que al de cualquier otra perdida olvidada; cuando se le hablaba de ello, aparecía alguna vez, bajo su bigote rubio, una sonrisita impertinente de una fatuidad retrospectiva, como si respirase,—encontrando aún un poco de perfume,—un frasco vacío. Sin embargo, la repetición de aquel nombre, Noris, acabó por despertar su curiosidad, y tenía como deseos de encontrar aquella de la que el gran Iseux, en el Yachting Club, le preguntaba: «¿La veis aún?»

La había visto, de cuando en cuando, muy rara vez. Pero no la había jamás, como hoy, encontrado frente á frente. Volviéndola á ver allí, tan cerca de él, experimentó una sensación muy extraña; la seguía con los ojos, miraba el negro de sus cabellos, aquel cuello, donde él había puesto sus labios. Y le parecía que veía por la primera vez una criatura admirable, que le admiraba y le encantaba; después sentía, al mismo tiempo, una sa-

tisfacción muy particular, pensando que aquella elegante joven, admirada, le había amado, sin embargo, profundamente amado, y que si él hubiese querido....

Manióbró de manera que se encontró frente á frente con ella, cuando, saliendo de las caballerizas y permaneciendo en pie cerca del pasillo, llegó ante él de repente, y él la saludó con aquel mecánico saludo que parecía á los elegantes exquisito y que se imitaba por éstos.

Pero luego se arrepintió de haberse acercado á la que llamaba desde luego «señorita Feraud». El sentimiento complejo, muy particular, que le había impulsado, un poco de aburrimiento, un cierto gozo y la tentación de medir justamente lo que quedaba de él en el recuerdo de la joven, se cambió en una impresión de rápido tormento. Le miraba con unos ojos tan tranquilos, llenos de una frialdad tan dulce, que se preguntaba si la actitud no era fingida, si Noris no se imponía el trabajo de parecer indiferente.

Era una curiosidad extraña la que tenía. Miraba aquellos bellos ojos negros que se habían iluminado antes con claridades dichosas; aquellos labios, irónicos ahora, que le habían sonreído; aquel rostro impasible que bajo sus besos tenía rubores y palideces súbitas en otro tiempo. Le parecía irónico é insultante que toda aquella belleza, que le había pertenecido, no fuese todavía suya. Le desagradaba que aquella adorable criatura, vuelta á encontrar así, permaneciese ante él como una extraña, contemplándole con aire de perfecta indiferencia, sin estremecimiento, sin cólera, sin un reproche, sin tomarse siquiera el trabajo de analizar lo que pensaba.

¡Sin embargo, esto era ridículo! Se encontraba, mal de su grado, ante aquella mujer que había dominado con toda la fuerza de su seducción, y se reprochaba, como de una majadería, el haberla saludado, haberse detenido allí y permanecer aún.

Advertía que se le miraba, que se les estudiaba á ella y á él, que se cuchicheaban sus nombres, y que se sabía su historia.

Ella se había también detenido un momento ante él, muy poco tiempo, é iba impasible, como si no recordase ningún nombre sobre aquella fisonomía, á continuar su camino, sin tomarse el trabajo de contestar al saludo del Príncipe, cuando, viendo á Raimundo que volvía, habiendo dejado el brazo de la señora de Montepreux, le tendió la mano, diciendo alegremente:

—¡Ah, señor de Ferdys!... ¿Es, pues, aquí donde es necesario venir para encontraros? ¡Creía que me habíais prometido venir á mi casa!

Y como Raimundo se excusase, y René, picado y con el labio un poco afectado bajo su bigote, se aproximase:

—¡Perdonad! (dijo Noris á Raimundo, mostrando al Príncipe.) ¿Queréis presentarme al señor?

René estaba un poco pálido.

—¿Presentarme? (dijo, tratando de sonreír.) Creía que conocíais perfectamente al príncipe de Chantenay.

Noris pareció evocar sus recuerdos, y después respondió muy alto:

—En efecto: he oído hablar mucho de un príncipe de Chantenay. Era un caballero. Pagaba sus deudas, y cumplía su palabra. Creo que murió en Crimea.

Bajo la impertinencia y el latigazo de una sonrisa de exquisito desprecio, René se sintió más furioso que bajo un ultraje. Hubiese preferido la injuria de un jockey, al que hubiera podido apalear, ó de un espectador, al que de una estocada habría hecho callar.

Quedó allí, torciendo su junco sobre la arena amarilla, mientras que Noris, seguida de Margarita Brunier, se alejaba imperiosamente altiva, en medio de un gran murmullo de escándalo y de admiración.

Y la música del Circo tocaba: y las payasadas de un clown hacían prorrumpir allá abajo en grandes risas.

Muy descolorido ahora, el príncipe René permanecía allí, al lado de Raimundo, y furioso se preguntaba si era de él de quien se reía todo el mundo.

Vió en un grupo á Gardanne, el revistero, que reía también, y que tomaba un apunte en su cartera.

El Príncipe no reflexionó.

Fué derecho al joven, y le dijo con enojo:

—¿Es la impertinencia de la señorita Feraud la que apuntáis?

—¿Para qué?—preguntó el revistero, mirándole muy iríamente.

—Porque si tenéis la desgracia de contar esto en vuestro periódico, os abro la cabeza.

—Pues bien (dijo el periodista): estaba dudoso. ¡Pero vos venís á retarme!... ¿Á pistola ó florete?—dijo Gardanne riendo todavía.

El Príncipe había cogido su bastón por el puño; irguiéndose, marchaba derecho hacia el periodista. Raimundo le detuvo por el brazo.

—¡Estás loco, René!

—¡Déjame!

—¡Vamos! No te reconozco,—dijo Ferdys, arrastrando á su primo.

Alrededor de ellos un murmullo de voces, de risas y de gestos se desencadenaba, y Gardanne, á la vez irritado y satisfecho de la camorra, forcejeaba en un grupo, mientras que Raimundo llevaba á su primo fuera del Circo.

Llovía. Los muchachuelos que abrían las portezuelas de los coches se precipitaban hacia ellos bajo el peristilo, y mientras que René permanecía allí, contrariado, esperando, descontento de aquella noche, irritado por aquella injuria de Noris y por aquel necio insulto que le había impulsado á arrojarse sobre Gardanne, se oía en el cruce de los coches, á través del resplandor de los farolillos que se mezclaban bajo la cálida lluvia de primavera, resonar aquellos llamamientos que parecían irónicos á René, y melancólicos á Raimundo de Ferdys.

—¡El cupé de la señora de Beragues!.... ¡El coche de la señorita Feraud!.... ¡El coche de la calle de Jouffroy!.... ¡El coche del señor conde de Nidia!.... ¡El coche del príncipe de Chantenay!....

Y todos aquellos carruajes, llevando parejas dichosas ó tristezas aisladas, rodaban, desaparecían en las oscuras avenidas y se perdían en los Campos Elíseos como luces de estrellas errantes.

IV.

La aventura del príncipe de Chantenay corrió á los periódicos más rápidamente que si se hubiese tratado de algún gran acontecimiento diplomático. *Flor-de-Chic* era demasiado visible para que no se aprovecharan de la ocasión de trazar en las crónicas su retrato, publicado tantas veces; el mismo Gardanne refirió, bajo un pseudónimo, el duelo que siguió. El Príncipe le había dado una estocada en el costado derecho, y, á pesar de las recomendaciones de Raimundo de Ferdys, que había reclamado el silencio, los revisteros no habían disimulado las iniciales de los combatientes. Algunos se valieron de la ocasión para dejar traslucir ciertas alusiones al pasado de Noris y á sus primeros amores.

Parecía que se habían dado una consigna: el Príncipe no podía abrir un periódico sin encontrar allí su nombre ó el de Noris.

Aquellas aproximaciones le producían un efecto singular; deletreaba estas cinco letras, *Noris*, con